El jóven había pensado mucho y por rumbos antes no explorados sin duda, puesto que en el corto espacio que fuimos juntos me dijo:

—Pensando bien, comprende uno las dificultades que encierra en nuestro país la ciencia de gobernar. No podemos condenar por la sola inspiración de la honradez, por las teorías, sin exponernos á ser injustos. Es cosa de velverse loco. Si el Gobierno necesita como base absolutamente indispensable, el mantenimiento de la paz; si la paz solo se logra y sostiene contentando á tres ó cuatro revoltosos.... pues, la verdad que esto es menos malo que andar metidos en una bola eterna.

Le miré la cara, y me pareció que el mal humor desaparecía de su semblante franco y simpático; aunque en aquel momento me lo pareció menos.

Encontré en su mirada un no se qué vulgar.

VIII

La Gobernadora.

UESTO en presencia de la Gobernadora por oficios de una criada que salió á recibirme, dije á la señora lo que Vaqueril me había encargado; y aunque al hacerlo tratara de manifestar la mayor naturalidad y desembarazada cortesía, no dejó de estorbarme el expedito uso de la lengua, uno como rubor que me asaltó súbitamente al trasmitir aquel recado, el cual por proceder de una invitación del Coronel y por venir á la Gobernadora, era para mí dos veces humillante. Doña Eulalia no miraba en pequeñeces para dejar correr por sus naturales corrientes su irritable carácter; y así fué que á medida que yo hablaba, á ella se le iba un color y otro le venía; contrayéndose nerviosamente sus trémulos lábios, allá por los límites de las adobadas mejillas.

—Muy bien; me dijo al cabo, con una sonrisa de cólera (que sí las hay). Por supuesto que Roquete se fué también con el Gobernador á casa de Cabezudo.

-No sé, señora.

—Sí, sí; ya comprendo de qué se trata. Roquete no puede faltar allí. Entre vd. pase á sentarse.... Entre vd. le digo y déjese de excusas.

Y me cogió por el brazo, mientras gritaba:

—¡Candela! Ven acá, que aquí está Quiñones.

-¡Voy! contestó la hija desde su alcoba.

—Siéntese vd., continuó la Gobernadora, mientras yo estupefacto no sabía donde poner el sombrero. ¿Vd. sabe quién es Roquete? Pues Roquete es un desgraciado, que

cuando mi esposo andaba en sus negocios de comercio, antes de ser gobernador, tenía una barbería de mala muerte en el barrio de Cochinitos, y sólo los domingos se ponía una chaquetita de dril. Le hizo no sé que trampa á Don Vicente Torvado, quien despues influyó en mi marido para que fuera algo en el Gobierno, con el fin de cobrarse de los sueldos la suma que Roquete le debía. Vaqueril le nombró oficial de policía, solo por el tiempo necesario para que Don Vicente se cobrara; pero cuando esto quedó concluido, ya es te bribón se había colocado muy bien en el ánimo de Vaqueril, por sus buenos servicios, y fué electo diputado á la Legislatura. Ahí tiene vd. á Roquete, ni más ni menos.

Perfectamente: ahí tenía yo á Roquete, sin punto ni coma de más ni de ménos. Ya me sabía yo todo eso, y aun lo misterioso de sus servicios, todavía no bien definidos por la opinión pública, no obstante que la tal es muy ducha y fina para esto de aclarar misterios. Pero todo aquello no me sacaba de mi estupefacción, sino antes bien me empujaba por ella adentro, al yerme tratado con tal con-

fianza por la Gobernadora, como visita muy usada y frecuente.

_¡Candela! volvió á gritar.

—¡Voy mamá! contestó la voz de Candelarita.

—Pues no le quepa duda que Roquete acompañó á Vaqueril, dijo la Gobernadora. Y dígame vd. ¿este Cabezudo es muy animal? A mí me parece que sí; pero vd. que es su paisano debe de saberlo mejor.

—Pues, señora....murmuré yo sin saber que decir, y enrojecido el semblante, porque

iba ya comprendiendo algo.

-Claro, hijo; claro hable vd. y sin rodeos.

-Me parece algo tonto; pero....

—Pero lo es mucho ¿verdad? Así me lo he figurado siempre; y como á mi me parece mejor tratar cou fieras que con asnos, no es este Coronel de mi devoción. No; no me puede entrar. Sin embargo, vea vd., su sobrina me parece otra cosa; es niña que me simpatiza y que encuentro hermosa.

De tal modo trató doña Eulalia de mostrar naturalidad al decir esto, que comprendí inmediatamente que sabía mi inclinación

á Remedios ó quizá mis relaciones con ella. Algo más se me aclaró entonces la vista.

—¿Y Miguel? preguntó con intención dolosa muy manifiesta.

-Se retiró á su casa, respondí.

Sonrió maliciosamente la Gobernadora y dijo.

-Es natural.

Candelarita entró en la sala, y yo me puse en pié y salí á su encuentro para saludar la, aunque todas aquellas cortesías me popian colorado y tembloroso, como que no estaba acostumbrado á salas con alfombras ni á familias de gobernadores.

—Se queda vd. á comer con nosotras, me dijo Doña Eulalia.

Y cuando iba yo á urdir alguna excusa torpemente, según lo imprevisto de mi situación, la Gobernadora me cerró la boca con estas palabras:

-Se queda vd.

No necesitaria más el hombre menos avisado, para comprender que todo aquel embolismo venía de trastienda oscura y sospechosa; y yo, echado á fuerza por tal camino, hube de resolverme á usar de la más fina y refinada malicia que pudiese alcanzar un ingenio poco ejercitado en el oficio.

No tardó en asomar por allí Conchita, y á poco rato Panchito, quien se me quedaba mirando con impertinente atención, que tuve desde luego por preliminar de confianzas cargantes y fastidiosas. Sixtito y José María se habían quedado á comer en casa de un catedrático que los quería mucho, por talentosos y aplicados.

La copita anunciadora de la sopa y la sopa misma, me supieron á rejalgar, según estaba de cortado y afligido. Recuerdo haber volcado algún trasto con el codo, amén de otras torpezas por el estilo.

Durante la comida, cargó la conversación sobre el baile, aunque quisiera yo que más bien cargara sobre mis huesos; porque me temía que llegara á donde por fin hubo de llegar: á Remedios. Pero continuó aquí lo extraordinario; que no lo fué poco para mí óir á Candelaria poner por las nubes la belleza de la pedreña, admirar su natural garbo y magestuoso porte, y decir no sé cuantas co-

sas más, que daban al traste con mis propósitos de mantenerme malicioso y desconfiado. Concha me miraba con timidez y como á hurtadillas, sin despegar los labios, si no era para consentir en lo que su hermana decía apoyándose en su opinión.

Cuando nos levantamos de la mesa, sentí un mareo que me dió á entender que Doña Eulalia me había menudeado las copitas de vino, más de lo que mi sensatez era capaz de resistir. Y en efecto, recuerdo que elogié con algún calor á Remedios y que tuve la debilidad de dar á entender que era antigua conocida y amiga mía; esto con tono un poco inflado y vanidoso.

Concha estaba seria y se retiró á su cuarto; pero en cambio, la Gobernadora y Candelaria demostraban grandísimo contento:

- —Vamos, Quiñones, me dijo la primera, con acento de amable confianza; confiéseme vd. una cosa.
 - -¿Cuál señora?
 - -Pero me lo confiesa vd.
 - —Diré la verdad.
 - —¿Palabra de honor? añadió Candelaria.

-Palabra de honor.

--- Vd. está enamorado de la Cabezudita.

Ya sabía que esta sería la pregunta, y estaba yo deseando que me la hicieran; pero al oirla, tuve un momento de lucidez para comprender que aquella confesión era tanindiscreta como necia. Lo negué; hubo protestas, exigencias, risas y regaños; pero seguí negando y nadie me movió de allí.

-Está bien, dijo al fin la Gobernadora; pero por más que vd. lo niegue, yo estoy segura y nadie me lo quita de la cabeza. Y puesto que esto ha de serle indiferente, va vd. á hacerme el favor de ir en este momento á casa de Cabezudo.

-¡Yo! exclamé espantado.

-Ya sé que no le quiere, hombre; pero va vd. en nombre mío y esto le halagará.

-Pero, señora....

-Nada; me dijo con voz imperiosa y poniendo cara de Gobernadora; vaya vd. y dígale de mi parte, que mañana le esperamos á comer.

No pude replicar y me despedí de ambas señoras, quienes me recomendaron que las visitara con frecuencia, pues querían contarme entre sus amigos, etc., etc.

En el zaguán de la casa del Coronel me detuve. El corazón me saltaba hasta cortarme el aliento, y tomé la precaución de formular el recado y repetirle tres veces para estar expedito en el momento supremo. Hice un esfuerzo de voluntad y entrando por el patio, subí la escalera, que me sofocó mucho. Un criado me condujo hasta la puerta de la sala, y sin la precaución del anuncio, que poco se usa por allá entré á tiempo que Roquete decía al Coronel:

-El asalto de San Martín es el hecho más brillante de vd.

Remedios saltó del sillón en que estaba sentada, y fijó en los mios sús espantados ojos; Vaqueril, que hablaba con ella en voz baja y acercándosele demasiado, levantó la cabeza; y otro tanto hicieron el Coronel y Roquete que platicaban á buena distancia de la pareja, sobre las campañas de Cabezudo.

- ¿Qué busca vd. aquí? me gritó este con voz de trueno ¡A qué viene vd!

Y echando chispas por los ojos, avanzó

hacia la puerta, en donde yo había quedado como una estátua de rígido y frío.

No sé como expuse la invitación de Doña Eulalia; no sé qué me contestó el Coronel, aunque recuerdo que se inclinó delante de mi toscamente tres ó cuatro veces. Saludé y di dos pasos atrás ocultándome del Coronel, y desde el corredor dirigí una mirada á Remedios que debe de haber brillado con fulgores infernales, si es que asomó á mis ojos algo de lo que sentía en el corazón.

IX

Tonterías.

AGUÉ por las calles de la ciudad al acaso y sin advertencia de lo que hacía; en tanto que en mi mente se sucedían en confusión y con rapidez extraordinaria los pensamientos más extraños y las más tristes imaginaciones. Sin darme cuenta de ello, un nudo me apretaba la garganta, y sentía yo necesidad de llorar, de gritar ó de cometer un desatino cualquiera con el primer tran-